



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 19 de Mayo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 20

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Mis vecinos, por Juan Perez.—Boceto á la pluma del general Banks, por Juan Diente.—Cuentos de manigua: El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—La cartera de un carlista, por Juan de Austria.—Al buen entendedor.... (poesía), por Juan Perez.—La vieja verde, por Juana de Arco.—Sartenazos.—Gergolífico.—Boletín bibliográfico.
CARICATURAS.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



reinta mozos ciegos, de esos que serían capaces de beberse el mundo, si el mundo fuera líquido, ó de comerse-lo, si encontrasen un tenedor apropiado para ensartarlo, acaban de embarcarse en Cayo-Hueso, con rumbo á Nueva York, para desde allí dirigirse á Cuba libre, si el tiempo lo permite.

Tan extraordinario acontecimiento ha conmovido á aquel cacho de tierra, que es una isla del género bufo, porque allí suceden las mismas cosas que en cualquier otra parte del mundo, pero suceden en caricatura.

Salieron los expedicionarios de su casa; por supuesto, sin ese requisito no era posible que se embarcasen....

Hago punto y aparte, para estampar una observación que me está soplando al oído un compañero.

Puede darse el caso, dice, en que un hombre se meta en un buque sin haber salido de su casa.

Meditemos, porque la cosa parece imposible á primera vista.

Y sin embargo, es sencillísimo: puede ocurrir eso cuando el que se embarca no tenga casa ni hogar.

¡Caramba! apostaré cualquier cosa á que los treinta héroes de Cayo-Hueso se encuentran en este caso!

¡Oh, sí! positivamente se encuentran en él, y entonces me veo obligado á declarar que es nulo cuanto llevo escrito, por partir de supuesto falso.

Tres años y pico han necesitado esos apreciables jóvenes para convencerse de que podían ser útiles en el campo insurrecto, de que tienen el deber de ir á él y de que poseen ánimo suficiente para atravesar el charco.

¡Tres años, no es gran cosa! Hay criaturas que emplean mucho más tiempo en echar las muelas; qué tiene de particular que esos jóvenes hayan invertido más de treinta y seis meses en echar valor?

No es muy largo el plazo, mucho más cuando á las personas no les viene de casta.

Por eso dice con mucha razón un periódico de aquella cofradía: "no pueden decir ahora que los jóvenes que para Cuba libre se embarcan lo hacen aturrida ni impensadamente."

¡Figúrese usted! el que tal diga es un calumniador. Esos jóvenes de todo habrán podido dar muestras menos de hacer las cosas impensadamente. Digo, tres años y medio pensándolo!

Pero en fin, ello es que han salido, que todos los emigrados de Cayo-Hueso acudieron al muelle y que hubo un espectáculo conmovedor del género bufo.

El Republicano, que es una especie de lobanillo que le ha salido á la prensa periódica, describe la escena de un modo que hace llorar á las piedras.

El anciano de blancos cabellos estrechaba al joven, sin acordarse en aquel momento de que el agua de Navarra tiñe muy bien la cabellera, pero que indudablemente quita colorido é importancia á estos cuadros teatrales.

La pudorosa virgen....

Ah! le tapo la boca al Republicano para que no siga hablando de las vírgenes pudorosas, porque podría poner en grave compromiso á no pocas jóvenes suripantas.

Las novias juraban ser fieles á los novios.

Las lágrimas corrían más que un galgo.

Los pañuelos se agitaban en el aire.

Miles de voces gritaban: Adiós, eh!

Y el eco repetía: ¡No me lleves á Pol! con aire de dancista.

Probablemente esos treinta héroes quedarán inéditos, porque nunca llegará el caso de que vengan á Cuba; pero se ha dado una representación del género bufo en el muelle de Cayo-Hueso, los emigrados se han divertido y adelante con los faroles.

Pero El Republicano, en medio de su satisfacción, ha estado muy cruel con nosotros: ha hecho una revelación terrible, que pone en grave apuro á muchas familias.

¡Ingrato, me has comprometido!

Como deseo que quede en el más profundo secreto lo que el periodiquín dice de nosotros, voy á copiar el párrafo:

"Nosotros á la verdad, dice, hubiéramos deseado que esos asesinos de profesión, que esos avilantados periodistas que se llaman Juan de Ariza, José Triay, José Toribio de Arazoza, Juan Perez Calvo, Gil Gelpí, José Girones, Víctor Landaluze y demás miserables que en la parte española de la isla de Cuba mueven sus emponzoñadas plumas...."

Lo confieso ingenuamente; de mi respetable amigo don Juan de Ariza nada sospechaba respecto á esta profesión que le ha descubierto el periódico de Cayo-Hueso; pero lo que es de Pepe Triay, sí; de ese me la tenía yo tragada. No lo han reparado ustedes? Aquella gordura no es natural, nó señor; aquella gordura es criminal.

Y luego, su cara! ¡canario, cada una de sus facciones es un asesino disfrazado! Y á mí que no me diga Triay; su afán de ir siempre escondido detrás de una nariz muy gorda no revela buenas intenciones; lo que revela es el criminal propósito de asesinar el golpe homicida desde la oscuridad.

Y Landaluze! ¡Asesino! tampoco puede disimularlo. Y donde me dejan ustedes á ese tal José Girones?

Le conocen ustedes? Pues, ni más ni menos, es el director de JUAN PALOMO, que cambia de nombres á gusto de los periodistas de Cayo-Hueso, para hacer los asesinatos con más elegancia y naturalidad.

También de ese abrigaba yo muy fundadas sospechas....

Por eso observarán ustedes que jamás hablo mal de él, para no irritarlo.

Sería capaz....! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Pues figurémonos ahora á los señores Arazoza y Gelpí, unidos á los que antes he citado, moviendo las plumas.

Sería lo que habría que ver! Todas estas cosas no pueden contemplarse más que desde las alturas donde El Republicano lanza al viento el torrente de su voz.

La Revolucion, que es otro lobanillo en forma de periódico, publica un artículo furibundo contra el Diario de la Marina.

Emplea, como es de ene, los epítetos de asesinos, bandoleros y ladrones.

Contiene argumentos más duros que un peñasco.

En fin, es un artículo que mete miedo. Mas yo deseo darle contestación.

Déjame, carísimo Diario, déjame que rebata los argumentos de La Revolucion: déjame tu puesto para contestarle.

Tres columnas y media tiene el artículo; yo lo contesto diciendo:

Divina Revolucion, no se dice producido, sino producto.

¿Creen ustedes que se necesita más para pulverizar sus ataques?

JUAN PALOMO.

MIS VECINOS.

Decididamente, no hay ley tan imperiosa, ó á lo menos tan generalmente acatada, como la impuesta por la costumbre.

Se obedece á ciegas, automáticamente; tal vez sin conciencia de ello, pero se obedece.

Más que una ley, debería llamarse un culto, porque la costumbre pudiera tomarse por una religión universal, de la que todos los hombres somos sacerdotes.

Para cumplir con las arbitrarias exigencias de la costumbre, el ser más espiritual se vulgariza y el más sabio pronuncia frases de una tontería monumental, sin sospechar que acaba de decir una maldad capaz de desacreditar al más estúpido.

Ved si nó al elegante y pulcro caballero que, al despedirse de un mugriento interlocutor, le dice sonriendo:—Beso á usted la mano; y es seguro que, ántes de estampar sus lábios en aquella mano de equívoca limpieza, preferiría chupar por espacio de tres horas la contera de su baston, después de haber dado un paseo por ciertos lugares de la Habana, que omito por decoro.

Mirad á ese otro que vá por la calle como alma que lleva el demonio, perseguido de cerca por un inglés perteneciente al gremio de los *irreconciliables*, ó acosado por un feroz dolor de muelas. Si le saludamos, es cosa cierta que nos contestará, sin dejar de correr:

—A la disposición de usted!

A nuestra disposición, eh? ¡Desgraciado del que lo necesite en aquel momento para que le sople un ojo!

Y aquel otro señor, cuya subversiva obesidad lo tiene condenado á no verse jamás la punta del pié, que se sienta como el que se cae, que si se cae no se levanta sin ajeno auxilio, no tiene escrúpulos en despedirse de sus conocidas con el sacramental "A los piés de usted," que es para él la fórmula imposible.

De tales contrasentidos tiene la culpa la fuerza de la costumbre; yo también la acato, y prueba de ello es que, obedeciendo á mi acostumbrada curiosidad, pídoro defecto que es en mí una segunda naturaleza, audo más de una vez en averiguaciones ajenas con el pretexto de estudiar las costumbres, pero en realidad por no verme posible reformar la que adquirí con el capillo de meterme en lo que no me concierne.

Vamos á ver, ¿qué me importará que mis vecinos disputen, escandalicen y se vayan á la greña, respetando á su modo la santidad del hogar? Nada. Y sin embargo, en cuanto oigo voces, ya me entra mi acostumbrada curiosidad por saber de qué se trata; así es que no perdí sílaba del siguiente sentimental diálogo entablado por un matrimonio que vive en el cuarto de mi izquierda:

—¡Ay! decía ella, qué me muero.

—Espérate, mujer, que me ponga los calzones. Vamos á ver, ¿te dá eso muy fuerte?

—¡Ay, sí! lo tengo clavado en la boca del estómago.

—Pues fuera estorbos; te lo voy á arrancar. ¿Qué es ello?

—¡Que no me toques!... Pícaro pepino!

—Bien te lo dije yo. Eso hace daño, sobre todo cuando se procede con intemperancia. Voy por el médico.

—Nó, no vayas; Dios me lo mandó y Dios me lo quitará.

—Bueno, pero deja que la voluntad divina sea cumplida por un médico en la tierra. Llamo al Dr. Linaza?

—Dios me libre! exclamó la esposa con un acento que revelaba un indecible terror.

—¿Y por qué? Es de los mejores de la Habana; ya ves, se llama Linaza; debe ser un caballero emoliente....

—Pero es muy feo!

Estupefacción del marido, que tenía conciencia de estar muy lejos de parecerse á Adonis.

—Hija, repuso; lo que dices es grave y te confieso que me alarma un poco; yo no puedo permitirte que en mis barbas te pongas á clasificar bellezas masculinas entre los que yo no toco pito. ¿Qué tiene que ver la hermosura con el cólico?

—Es que soy muy impresionable. Mis nervios se sublevan á la sola presencia de un objeto antipático. ¿No ves como estoy?

—Mucha; gracias! Pues si los nervios de usted se sublevan, yo los someteré á un consejo de guerra para que en lo sucesivo tengan más miramientos con lo científico y lo conveniente.

—Tú no entiendes de nervios.

—Ni tú de físicos.

—¡Te parece á tí!

—¡Canastos! Te atreves á decir....?

—Que quieres matarme. ¡Ay!

—Sí, para heredar tus bienes; un solar en Luyano y cinco cucharillas de plata cristoff.

—Infame! vete de mi presencia.

—Y hasta del barrio. Me largo á la oficina, y si el alivio no es cosa de cuidado, me alegraré infinito.

He copiado la escena al natural; los comentarios pertenecen al lector.

Pero noto que mis vecinos de la derecha también se alteran; oigo la voz de don Rufo y la de su criado.

¿Qué será? Maldita curiosidad!

—Ven acá, pícaro, dice mi vecino, ¿por qué no me das de comer pescado?

—Señor, porque está muy caro; y como usted sólo me dá....

—Bien, hombre, suprime el pescado aunque me gusta; pero ¿y la carne? porque noto que nos la das en píldoras, defraudando las legítimas aspiraciones de nuestro apetito.

—Pues mire usted, así y todo, no me alcanza el dinero y me veo hereje con los....

—Pero si no te pregunto eso! Y dime, ¿no sabes que me gusta el jamon y á mi señora los huevos? ¿Has olvidado el sabio sistema de conciliar nuestros gustos fusionándolos en una tortilla?

—¿Olvidarlo? cá! nó, señor; pero hoy los huevos cuestan un congo, vamos al decir, y como usted no sale de los acostumbrados....

—Esa no es la cuestión! Yo te hago las justas observaciones que me transmiten los agraviados estómagos de mi familia, y áun el mio propio, que á fuer de viejo, se vuelve exigente. Mira, he notado que desde la ida del príncipe ruso no sé lo que es *guanajo*. Dime, ¿por qué no me das guanajo?

—Porque no hay....

—Que no hay, cuando por la calle no se vé otra cosa?

—No es eso; lo que no hay es dinero para comprarlos.

—Cállate!

—Y como usted sólo me dá....

—Vete!

—Sólo me dá (*gritando*) tres pesetas, y reclama las *contras* y el domingo de balde....

—Demonio, me has matado! Desde mañana te daré seis reales sencillos para que no me abochornes.

También esta escena es copia del natural, y me entretendría en comentarla si no me llamase la atención mi vecino del frente, que alza el gallo de lo lindo. ¿Qué dice? Escuchemos:

—A mí no me venga usted con esas; quéjese al Banco, al gobierno, al demonio, pero no á mí, que no fabrico moneda.

—Pero, caballero, replica su interlocutor en humilde tono, ¿cómo he de cambiar un billete de cien pesos para cobrar uno sólo?

—Eso no es de mi incumbencia; hay un remedio: no lo cambie usted.

—Bien, pero ¿cómo cobro?

—No cobre usted.

—Es que es forzoso cobrar, porque....

—Pues cambie usted.

—Bueno, descontaré dos por ciento por el papel chico, y el ocho en efectivo.

—Sí, no te compongas! Usted cobre un peso y devuélvame noventa y nueve, sin que falte un céntimo.

—Y en vez de pagarme usted un duro que me debe, soy yo el que le regala media docena, ¿no es eso?

—¡Insolente! Fuera de aquí.

—Me voy, sí, señor, pero diré que usted no quiere pagar la suscripción á JUAN PALOMO....

—Oyes, lector? el asunto me toca de cerca. ¿Cómo se entiende! no pagar la suscripción á un periódico tan ilustrado, tan moral, tan útil, tan, tan, tan....

Nada, aquí de mi costumbre; voy á averiguar lo que sucede, y hasta la vista.

JUAN PEREZ.

BOCETOS A LA PLUMA.

EL GENERAL BANKS.

Discutíase acaloradamente hace pocos días en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos la verdadera nacionalidad del Doctor Houard, y en medio del tumulto que levantaron los ataques de uno de los oradores, se oyó distintamente, y dominando todas las voces, la palabra "*¡indecente!*"

No se sabe á quién iba dirigida, ni por qué, pero á nadie quedó duda de que había salido de los labios del general Banks.

Y es que el honorable diputado se sulfuraba en cuanto alguien trata de oponerse á sus inclinaciones *mambisas*, y no hay freno para su boca.

Está claro; lo único que hoy por hoy le domina, la única ocupación que dá á su travesura, á su ingenio, es cultivar la amistad de los laborantes emigrados, explotar su candidez, y ser su amigo, hasta la pared de enfrente, mientras haya quien pague.

Por eso no puede haber discusión en el Congreso americano sobre los asuntos de Cuba sin que tome parte Banks,

ni se concibe que Banks pronuncie un discurso sin que se ocupe de la cuestión cubana.

No habla de otra cosa. Desde tres años á esta parte en todas las legislaturas ha de haber el obligado discursito de Mr. Banks, poniéndonos de vuelta y media á los españoles. Los diputados yankees se duermen ya al oír tantas variaciones sobre un mismo tema y la monomanía del Presidente de la comisión de negocios extranjeros se ha hecho proverbial.

Sin embargo, en los últimos meses de la legislatura anterior se anunciaba todos los días una furibunda perorata de Banks contra la política del gobierno español en las Antillas, y nó llegó la hora de que abriese el pico.

—Hoy es el día! gritaban entusiasmados los simpatizadores; de Nueva York iban á Washington muchos laborantes y se llenaba el Capitolio. Desde el principio de la sesión estaban fijadas las miradas en aquellos lábios que debían soltar chorros de elocuencia; pero llegaba la hora de que se marchase cada mochuelo á su olivo, y aunque Banks permanecía en su puesto hasta el último instante, la elocuencia se le quedaba en el buche.

—Mañana será! decían sus amigos; y esta escena se repitió diariamente hasta la terminación de las tareas parlamentarias.

Atribuyen algunos tan inusitado silencio á que en cierto piquillo que recibió el general yankee encontró algunas monedas falsas. Otros lo achacan á que no pudo colocar ventajosamente una pacotilla de *bonos cubanos*; y hay también quien asegura que el mutismo del diputado parlanchin reconocía por causa el haberse hecho perdido un laborante de primera fila, que había tenido largas conferencias con Banks y hecho varias promesas algunos días ántes de que en los periódicos apareciese el primer anuncio del discurso.

Ahora se trataba de probar que los tribunales españoles habían obrado mal en castigar los *excesos mambises* del Doctor Houard, y de tal modo quiso demostrar Banks que su defendido es americano, que no parecía sino que él mismo lo había parido en un pueblo de la gran república.

¿Se habrá verificado tal fenómeno? Quién sabe! Mr. Banks es capaz de todo, como ha sido ya á estas fechas de todo cuanto hay que ser en el mundo.

Tiene 56 años y ha sido aprendiz de tejedor, estudiante, periodista, legislador, gobernador, soldado, estadista, y por último, se ha metido á *simpatizador*: ¡la última palabra del Credo!

Nataniel P. Banks (*¡NATANIEL!* bonito nombre!) nació el 30 de Enero de 1816 en Waltham, población manufacturera del estado de Massachusetts. Sus padres eran operarios de una fábrica de tejidos, y el muchacho se crió en medio del ruido y del movimiento de las lanzaderas y tornos.

Tres meses del año lo pasaba en la escuela pública y el resto trabajando con su padre.

Asistía á la escuela harapiento y descalzo, y á pesar de su mala catadura, se codeaba y confundía, con estóica indiferencia, con los condiscípulos suyos á quienes había sonreído la fortuna.

Había en el rapaz descaro y altivez.

De día en día fué en él creciendo la afición al estudio, junto con la ambición, y dedicaba al conocimiento de la historia y de la economía política todo el tiempo que podía robar á sus ocupaciones materiales.

Su fuerte ha sido siempre la oratoria, como aquel personaje burlesco de una zarzuela de Camprodon, y para ejercitarse en el uso de la palabra, desde sus más tiernos años formó en su aldea una especie de sociedad literaria.

Allí dicen que aprendió las reglas del debate y adquirió el hábito de perorar, y es de creer que también allí se acostumbraría á pronunciar palabras tan cultas y de tan buena educación como la que acaba de soltar en pleno Congreso y que queda apuntada al principio de este boceto.

Banks comenzó su vida pública de redactor de un periódico que se publicaba en Waltham, y de otro después, en Lowell. Ninguno de los dos periódicos realizó grandes ganancias, y eso que su redactor Banks era activo, inteligente, bullidor, osado, y no se paraba en barras.

Seis años seguidos perdió la votación en su candidatura para el puesto de Juez general de Massachusetts.

Por fin, en 1848 logró que lo eligieran para representar á Waltham en la cámara de representantes, donde quiso trepar al puesto de caudillo del partido democrático.

Año tras año, hasta 1850, fué reelegido para el mismo puesto, pero en este último salió, además de representante, senador, y optó por lo primero, eligiéndole la cámara su presidente (*speaker*).

En 1853 fué miembro de una convención que se formó para revisar la constitución de Massachusetts, y también en ella ocupó el puesto de presidente. ¡Preciso!

En el Congreso trigésimo cuarto, que comenzó sus sesiones en medio de escenas tumultuosas, con motivo del nombramiento de Presidente, cuyos debates duraron nueve semanas seguidas, al cabo y después de ciento treinta y tres votaciones, resultó electo Banks, y le escoltó á la silla presidencial su contrario el Sr. Aiken, de la Carolina del Sur.

¡Digo; alborotaría el mocito en aquel barullo!....

Un mes llevaba formando parte del Congreso trigésimo quinto, cuando renunció su cargo por haber sido escogido para gobernador de Massachusetts.

En 1860 aceptó el nombramiento de administrador general

del ferro-carril central de Illinois y se trasladó á Chicago (para todo sirve!); pero apenas estalló la guerra entre el Norte y el Sur, su espíritu inquieto no le permitió quedarse tranquilo, y su ambición y afán de mando le advirtieron que había campo donde sacar provecho.

Envío á paseo el ferro-carril y se hizo soldado. Pero como Banks ha de ser siempre cabeza, aunque sea de ratón, por arte de birlirioque se vió convertido en general. Claro está! de otro modo no hubiera continuado en el ejército y se hubiese marchado á su casa, importándole un comino la guerra y los federales.

Puede que la historia transmita algún día sus hazañas de guerrero y los hechos que justifiquen su elevación al puesto de Mayor General; lo que es hoy, ni las unas ni los otros son conocidos.

Si él los calla, no ha de ser por modestia, seguramente.

Al volver á Massachusetts en 1865 fué nuevamente elegido diputado, y luego que tomó asiento en la cámara el Presidente le nombró jefe de la comisión de Negocios Extranjeros. — ¡Cómo no había de ser jefe de algo! Imposible!

Hoy día sigue en el mismo puesto, para lo que ustedes gusten mandar; pero que sea pronto si algo necesitan, pues no me extrañará verlo el mejor día convertido en obispo, cardenal, sochantre, picapedrero ó archipámpano. ¡Para todo sirve!

Banks es mediano de talla, más bien enjuto de carnes que grueso, y sus facciones indican el hábito de pensar al mismo tiempo que la fuerza de voluntad. Cejijunto y con la mirada torva, tiene el aire de traidor de teatro casero, y sus cabellos lácios parece que están en abierta pugna con los peines.

Tiene fama de orador fácil y vehemente y de hablar sin afectación.

No aseguraré yo que en el hablar sea fácil, pero sí que lo es en la elección de asuntos, pues de otro modo no hubiese tomado á su cargo el defender la pandilla laborante.

Ea; ya he dado á conocer á ustedes al hombre que más habla, y más disparatadamente lo hace, de los negocios de Cuba.

Tengamos un poco de paciencia, y no tardaremos en leer otro discursito de los de cajón.

JUAN DIENTE.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVALILLO.

X.

Al día siguiente, el cañon del vapor *Guipúzcoa* anunciaba á la plaza de Cádiz que se lanzaba al mar con otra legión de valientes expedicionarios, que venían á Cuba en defensa de la nacionalidad amenazada; y los habitantes de la ciudad los despedían con entusiasmo, como habían hecho con sus otros hermanos.

Dos horas despues, los viajeros ya no veían más que cielo y agua, y enviaban en un suspiro el último adiós á las prendas queridas que dejaban en aquella España por quien habían de pelear como buenos; la mar estaba gruesa, y el viento de proa castigaba el buque, que con sus cabezadas violentas fué rindiendo uno tras otro á los bravos voluntarios, que caían sobre la cubierta ó en las literas, víctimas del mareo, con los rostros lívidos como los cadáveres.

Cuando la campana dió el aviso de que la sopa estaba servida, no se notó ese movimiento animado de los pasajeros que corren siempre á la mesa, tanto para saciar el apetito cuanto para buscar una distracción en el fastidio natural de á bordo. La cámara estaba casi desierta; el capitán ocupó su puesto de preferencia, y sólo se presentó en el primer momento el jefe de los montañeses, hombre que habiendo navegado mucho, tenía el estómago y la cabeza tan fuertes como el brazo.

— ¡Hola, coronel! dijo el comandante del vapor. Me parece que hoy comeremos solos.

— Los muchachos andan echados como fardos. ¿Quién resiste un baile tan poco agradable?

— ¡Este maldito viento de proa! exclamó el capitán.

— Yo mismo, que nunca me he mareado, agregó el coronel, siento un disgusto en el estómago, y si sigue el meneo, me parece que *cambie la peseta*. ¿Quién ha de ser fuerte contra tan inquieto enemigo?

— ¿Quién? ¡Yo! dijo un joven, abriendo la puerta de uno de los camarotes.

— Y yo, añadió otra persona que salía detrás de aquel.

— ¡Canastos! gritó el jefe de los montañeses, dejando en el plato la cuchara que llevaba á la boca. ¡Por Dios que no creía encontrar aquí á estos individuos!

— Y ¿por qué razón? preguntó el más joven. Ya vé usted, señor coronel, que cuando se cierra una puerta, ciento se abren; la mar es de todo el mundo, y no hemos necesitado formar parte del batallón de robustos montañeses que usted manda para ir á Cuba y cumplir con nuestro propósito.

— ¡El mocito es arrojado! exclamó el coronel fijando la vista en el comandante del barco, que se sonrió ligeramente, haciendo gala de ese laconismo que distingue á los marinos cuando están en su terreno.

— ¡Arrojado! murmuró el veterano Pedro Contreras. ¡No sabe usted hasta dónde llega el temple de alma de mi sobrino!

El coronel iba á burlarse de aquellas palabras, que parecían una fanfarronada, pero se detuvo sorprendido, casi admirado, al considerar que su estómago le anunciaba algún trastorno producido por el mareo, mientras que aquel niño conservaba en sus mejillas su color de rosa, sin dar muestras de sentir la menor alteración.

— Tío, dijo Frasquito, se me ha despertado el hambre, y voy á comer como un tiburón; á fé que platos nos sobran, gracias á la postración de esos valientes oficiales, que son más débiles que nosotros.

El coronel se mordió los labios; pero no pudiendo callar ante aquella intencionada indirecta, dijo:

— El mareo es un enemigo invencible y sobrenatural; si se presentara á bordo con forma humana, vería usted si mis muchachos doblaban la cabeza.

— Lo creo, señor coronel; pero á su vez hágame usted la justicia de creer que si ese enemigo tomara un cuerpo, no sería Frasquito Contreras el último en salirle al encuentro.

— ¿Está usted seguro de eso? preguntó con sorna el jefe de los montañeses.

— Tan seguro como de no rendirme con el mareo, ni ante nadie que me presente el pecho en son de batalla.

— Veo que no falta á usted el ánimo; y es lástima que la figura no le acompañe, porque tendría gusto en que un mozo tan esforzado me acompañara en las funciones de guerra que nos esperan en la manigua.

— Con este cuerpo de alféñique que usted vé, le ofrezco que en Cuba hablarán de mí.

— ¿Vá usted decidido á pelear?

— ¿Vengo acaso en este buque para una expedición de placer? Voy á Cuba á combatir.

— No olvide usted, joven, que los rigores de aquel clima exigen una naturaleza privilegiada.

— Y no olvide usted, coronel, que en este momento en que todos se rinden ante un enemigo invencible, mi tío y yo somos los únicos que levantamos las cabezas, haciendo honor á los platos que nos ponen delante.

— Tampoco yo me rindo, dijo el coronel.

— La cara de usted, sin embargo, delata que si el botalon del foque sigue dándose tan violentos baños en el agua salada, no tardaremos en quedarnos solos en la mesa mi tío y yo con nuestro digno comandante. ¿Qué hay de eso?

— ¡Cáspita con el niño! exclamó el coronel levantándose de la mesa y dando trompis.

— ¡El campo es nuestro! gritó Pedro Contreras presentando á su sobrino un plato de jamón. ¡Come, hijo mío, que los duelos con pan son menos!

— Y menos todavía con jamón! repuso Frasquito riéndose y trinchando una lonja.

Y el tío y el sobrino siguieron firmes en la mesa, mientras la oficialidad del batallón no daba señales de vida, postrada en las literas y soñando con el puerto, donde les aguardaba el peligro de cien combates, preferibles á aquellas angustias, más penosas que las de la muerte.

XI.

Pasaron los primeros días, y fueron presentándose en la mesa y sobre cubierta los mareados, que iban dominando los efectos del movimiento del buque; y los oficiales se burlaban entonces de aquellos de sus mismos compañeros que eran más débiles de estómago ó de cabeza; la cordialidad que entre ellos reinaba y la alegría natural de la juventud empezaron á animar el cuadro, y como en todo viaje, buscáronse recursos para hacer llevaderos el cansancio y la falta de variedad.

Una tarde serena y clara, en que la mar se asemejaba á un plato y el cielo se vestía de riquísimos colores, anunciando ya los trópicos, gozaban los oficiales del batallón de la tranquilidad del vapor, que parecía estar fondeado, y se agotaban los chistes y los cuentos, luciendo cada cual las galas de su imaginación para entretenerse mutuamente, cuando se presentaron en la tordilla Pedro Contreras y su sobrino, que no salían de sus camarotes más que á las horas de comer; pero Frasquito se había aburrido, y venciendo su repugnancia ó su temor, buscaron el aire libre, que tanta falta hace á bordo.

Al verlos llegar, los oficiales interrumpieron su conversación, y á una señal del que llevaba la voz, guion que nunca falta en todas las reuniones, juntaron las manos para recibirlos con una salva de aplausos.

— Gracias, caballeros, dijo Frasquito sin aparentar disgusto, á pesar de que le desmentía la acción de morderse el labio inferior; no nos habíamos apercibido de nuestra importancia hasta que nos la avisa tan oportuna aclaración.

— Ese aplauso es de contento por ver á usted su linda cara, niño, le contestó un teniente de grandes bigotes.

— ¡Yo no soy niño! repuso Frasquito amostazándose.

— Algunos angelitos de retablo conozco yo, dijo un alférez riéndose, que darían algo por ese palmito de doncella.

— ¡Basta de bromas, caballeros! prorumpió Pedro Contreras frunciendo las cejas.

— ¡Cuidado, compañeros, que el papá se enoja! agregó un capitán con cara de pocos amigos.

— ¿Van ustedes á Cuba á representar en el teatro? preguntó el primero.

— Vamos á Cuba, dijo Frasquito levantando la cabeza con altivez, á dar pruebas de que sabemos castigar á los insolentes.

Un murmullo general demostró que las palabras del joven habían producido su efecto en el alma bien templada de los oficiales, y hubieran sin duda alguna pasado á vías de hecho, á no haber aparecido el coronel en la tordilla en el momento que todos gritaban:

— ¡Vamos á darles un baño en la mar!

— ¿Quién se atreve á intentarlo? preguntaron con valor el tío y el sobrino.

— ¿Qué es esto? dijo el jefe con voz tonante.

— Nada, mi coronel; este niño nos ha provocado.

— ¡Provocar! exclamó aquel mirando de arriba abajo al joven con ojos irritados.

— No soy capaz de semejante cosa, dijo Frasquito; estos caballeros se han burlado de nosotros, que llegamos aquí en uso del derecho que todo pasajero tiene de salir de su camarote cuando le place.

— ¡Hola, hola! ¿con qué tan terne es el mozo? preguntó el coronel, que sentía fuertes simpatías hacia Frasquito y su tío, porque detrás de su pobre apariencia física revelaban un temple de alma superior.

— Mi sobrino no falta al respeto á nadie, dijo Pedro Contreras.

— Deben ustedes saber, agregó el coronel dirigiéndose á los oficiales, que estos señores van á Cuba á pelear contra los rebeldes.

— ¿A pelear? murmuraron todos.

— ¡A pelear! contestó Frasquito con decisión.

— ¡A pelear contra los enemigos de España! añadió el veterano Contreras.

Los oficiales se levantaron precipitadamente para estrechar las manos de aquellos individuos que iban como ellos á combatir contra los insurrectos. Una sola palabra había hecho deponer la ira, confundiendo voluntades que parecían tan opuestas.

— ¡En la manigua nos encontraremos, caballeros! dijo Frasquito con un arranque de patriótico entusiasmo.

— Me asalta un temor, observó el teniente de los bigotazos.

— ¿Cuál? preguntó Pedro, mirándole con aire de resolución.

— El hombre esforzado combate sin que flaquee su corazón, pero si el brazo es débil....

— ¡Mi brazo es fuerte!

— ¡Jum! murmuró aquel.

— ¡A la prueba! gritó Frasquito.

— ¡A la prueba! repitieron todos, rodeándole con demostraciones de interés.

— ¡Venga un fusil!

— Le daremos una carabina, dijo uno de los oficiales.

— ¡Nó! un fusil! repitió aquel.

El coronel pidió un fusil á los soldados que estaban sobre cubierta; apoderóse Frasquito del arma, y cuadrándose, exclamó:

— Ea, coronel! Mande V. S. el ejercicio, que voy á probar á estos bravos militares que en el día del peligro no será Frasquito Contreras el que caiga abrumado con el peso del chopo.

— ¡Armas al hombro! gritó el coronel riéndose.

El joven obedeció la orden con tal precisión y tal limpieza, que los oficiales le aplaudieron con entusiasmo, y los soldados, que desde la cubierta tenían fija la vista en la tordilla, unieron también las manos para celebrar á aquel niño que parecía un veterano.

El coronel dió las voces de mando, y Frasquito las ejecutó con destreza. Los oficiales y la tropa la aplaudieron de nuevo con frenesí.

— ¡Este recluta es nuestro! gritaron todos. ¡Queda alistado en el batallón!

— Ha ganado la plaza, dijo el jefe.

— Eso nó, repuso Frasquito; no debe olvidar el coronel de los montañeses que temió deslucir el brillo de su batallón con mi presencia y la de mi tío.

— No sea usted rencoroso, repuso aquel tendiéndole la mano.

— En la manigua nos veremos, coronel, y juro que de mí hablarán; pero tenía usted razón: un junquillo andalaz sería una planta exótica entre las robustas cañas montañesas. Al llegar á la Habana buscaré mi gente.

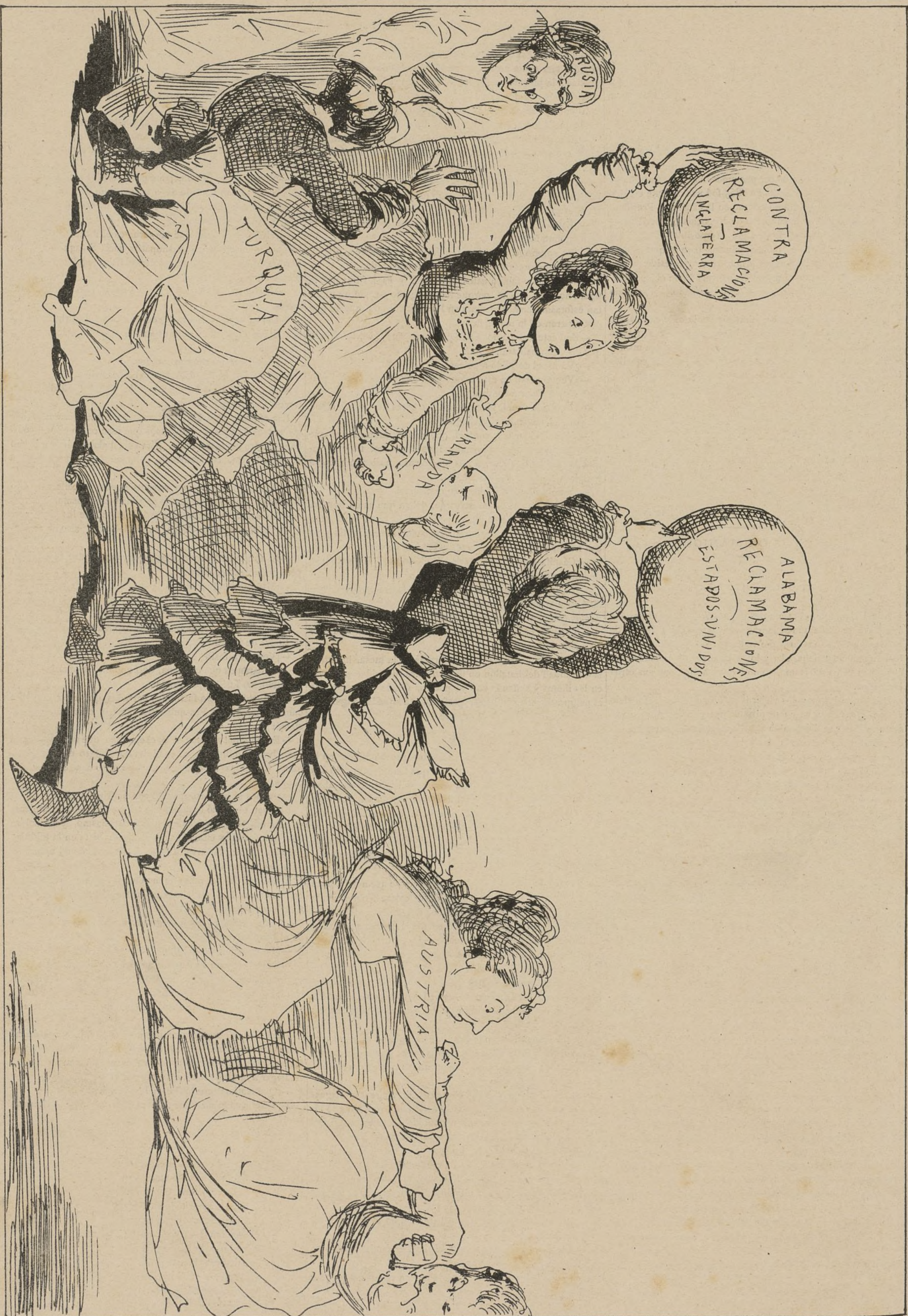
— ¡Qué lástima! murmuraron los oficiales.

— ¡En el campo nos veremos! ¡Allí todos somos hermanos!

(Continuad.)

JUAN SIN-TIERRA.

Nunca pierdas la esperanza de que quien de amor te priva al fin te quiera, Carranza; que en amor todo se alcanza con paciencia y con saliva. — ¿Cómo? — ¿Que cómo? Comiendo, y el que lo ignores dá rábia: mientras ¡Nó! te estén diciendo, tú sigues yendo y volviendo, y dando lábia y más lábia.



PROFECIAS PARA FIN DE AÑO.

Las naciones se mirarán como hermanas y conservarán la buena armonía necesaria para el equilibrio europeo.



DON RAMON CRESPO.

Siendo tantas las personas que desean conocer á ese individuo, nos hemos procurado á costa de grandes sacrificios el retrato que hoy ofrecemos á nuestros suscritores.



JUAN PALOMO.—¿Le parece á usted regular, señor Carlos Siete, que tantos españoles se maten, mientras usted está metido en su rincón de Francia?

Litografía Mercantil é Imprenta, O'Reilly 27.

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 11 DE MAYO.

Asamblea de los Partidarios de los Derechos Humanos.—Los abogados de la política con faldas tratan á las faldas con política.—La mujer quiere trocar el gobierno de la casa por la casa del Gobierno.—Una candidatura de mosaico.—"Entre mi mujer y el negro".—El comunismo de la mujer y la mujer del comunismo.—La cuestión económica en teoría y en la práctica.

He observado que la política es el máximo comun divisor del género humano.

Porque nada hay en el mundo que divida tanto las opiniones como la política.

Si yo tuviese que definir esa llamada ciencia, lo haría de esta manera:

"La política es el pretexto con que se reúnen algunos nombres para desunirse."

Así, no es, pues, extraño que las mujeres americanas, que de algún tiempo á esta parte se han dado á la política, se hayan dividido en dos fracciones.

Las mujeres no necesitan la política para estar divididas. Ha dicho un escritor: "Cuando veais á dos mujeres unidas, decid que conspiran contra una tercera."

Naturalmente, una división política entre mujeres es un abismo insondable que no se puede cegar.

La excoición entre las defensoras en este país de los derechos de la mujer ha producido dos embriones de partido, dos quebrados infinitesimales, titulados el uno *National Women's Suffrage Association*, esto es, "Asociación Nacional en favor del Sufragio de la mujer," y el otro *National Radical Reformers*, que quiere decir "Reformadores Radicales de la Nación."

Ambas fracciones están actualmente en sesión, la primera en el salón de Steinway, la segunda en el salón de Apolo.

No se crea por esto que se compone esta última de musas, porque á todo ruego no son más que cornamusas que meten muchísimo ruido.

Capitanean la primera fracción, que forma el ala conservadora del mujeril partido, doña Susana B. Anthony (que no es aquella Susana que espieron en el baño un par de viejos), doña Elizabeth Cady Stanton, doña Lucrecia Mott, que no conviene confundir con la virtuosa romana del mismo nombre, y doña Lucia Stone, á quien no creo capaz de imitar el ejemplo de su santa patrona.

La segunda fracción la manda en jefe la célebre y nunca bien ponderada doña Victoria C. Woodhull, corredora de Bolsa (en singular), comunista decidida en todo, hasta en amor, enemiga declarada de todo monopolio, incluso el matrimonio, internacionalista, espiritista, petrolera, periodista, negocianta, etc., etc.

Su lugar-teniente en el ejército que se propone reformar la sociedad, es su hermana soltera Tennie C. Clafflin, corredora también en la acepción mercantil de esta palabra, candidata para diputada á Cortes, adalid del amor libre y "otros excesos."

En Apolo Hall se reunieron ayer los secuaces de estas dos capitanas, y el salón se llenó de una concurrencia *sui generis*, en la que predominaba el "sexo oprimido," que así han dado en titularse esas benditas.

El objeto del *meeting* era acordar el programa del partido y nombrar candidatos para la Presidencia y Vice-Presidencia de la República.

Acudieron al llamamiento seiscientos delegados, de los cuales 350 pertenecían al sexo bello y 250 al velludo.

Cuando digo que 350 pertenecían al bello sexo, no es por decir que ellas fuesen bellas, pues la mayor parte tenían la cara tan monstruosa como sus ideas.

Bellacas sí había en abundancia, y tentado estoy á creer que esa era una cualidad común de los delegados.

En un extremo de la sala flotaba un trapo rojo, que prestó para la ovación una entusiasta comunista.

En otro extremo había dos pendones azules con inscripciones bíblicas, que decían:

"¿Qué me falta todavía? Y Jesús le dijo: Vé, vende todo lo que posees y dá á los pobres."

"Y ninguno decía que nada de lo que tenía era suyo, sino que todas las cosas eran comunes."

Estas dos inscripciones dejaron de obrar el efecto apetecido, como verá el paciente lector al fin del capítulo.

Otros estandartes que de la galería colgaban tenían estos y parecidos lemas:

"Protección y Provision gubernamental desde la cuna hasta el sepulcro."

"Los operarios sin empleo piden trabajo al Gobierno."

"El mundo es nuestra patria, hacer bien nuestra Religión."

"Las leyes deben someterse al pueblo."

"El trabajo público es el mejor remedio contra las huelgas."

"Los productos del pasado deben ser herencia común de la generación presente."

Tarea prolija y pesada fuera describir los procedimientos que precedieron á la organización de la "Asamblea de los abogados de los derechos humanos."

Se pronunciaron discursos, se tomaron acuerdos, se leyó

el programa político, y después de perder mucho tiempo en desarrollar utopías, se levantó el Juez Carter, de Ohio, y dijo lo siguiente:

"Ha pasado el tiempo de las palabras. Lo que necesitamos son obras. Hemos llegado al punto culminante de nuestras teorías y hemos proclamado ya al mundo nuestros principios. Nuestra bandera está desplegada. Necesitamos un abanderado, y ¿quién mejor para representarnos que la persona que tanto tiempo ha defendido nuestra causa? Propongo como candidato para la Presidencia de los Estados Unidos á la señora doña Victoria C. Woodhull."

La gritería con que fué aclamada esta proposición no es describible.

Todos se levantaron: los caballeros levantaban sus sombreros y bastones, las señoras sus pañuelos y ridículos.

La señora Woodhull se adelantó conmovida á dar las gracias.

El juez Carter prosiguió:

"Ya tenemos Presidente. Necesitamos un Vice-Presidente. Después de la mujer, nadie ha sido tan desgraciado como el negro. Propongo para la Vice-Presidencia á Federico Douglass, de Rochester."

Estas palabras produjeron un tumulto. Gritos de "no, no," y "sí, sí," gesticulaciones, alaridos; aquello parecía un *pan-demonium*.

Muchos querían hablar y se encaramaban sobre las sillas, y desde allí gritaban á voz en cuello, con los brazos levantados.

Cuando se hubo restablecido un punto el orden, se levantó uno de los delegados y dijo en voz solemne:

"Propongo para Vice-Presidente de los Estados Unidos al famoso caudillo indio Rabo Manchado (*Spotted Tail*). Los indios estaban en este país ántes de que vinieran los negros, y tienen el derecho de prioridad."

Esta proposición fué acogida con grandes risotadas.

Después de esto, cada cual propuso un candidato, y entre ellos á Theodore Tilton, fundador de las doctrinas del amor libre, al Reverendo Henry Ward Beecher, el bufón del púlpito protestante, y á George Francis Train, el Don Quijote de la política moderna.

Un joven se levantó y dijo: "Supuesto que en nuestro programa se declara que el hombre y la mujer son iguales, á fin de obrar con equidad propongo que se nombre para la presidencia á doña Victoria C. Woodhull y á un caballero para que coopere con ella."

Esta ingeniosa idea renovó la hilaridad.

Una señora de edad madura añadió:

"Propongo que ese caballero que ha de compartir con la señora Woodhull la silla de la Presidencia sea el coronel Blood."

Como el coronel Blood es uno de los maridos de la señora Woodhull, fácilmente se comprenderá el efecto que producirían estas palabras.

La Vice-Presidenta de la Asamblea se dirigió al público y dijo:

"Es preciso que nos organicemos para trabajar. Necesitamos 200 pesos para mañana á las 10. ¿Tendrán la bondad dos señoras de pasar á recoger donativos entre la concurrencia?"

Apénas acabó de pronunciar estas palabras, cuando tres cuartas partes del auditorio se levantaron y se dirigieron á toda prisa hácia la puerta.

Fué un verdadero "sálvese quien pueda."

La cuarta parte que quedó no tenía dinero.

Las inscripciones bíblicas, ó no se vieron bien, ó cayeron en tierra estéril.

¿Qué distancia hay tan enorme de la teoría á la práctica!

JOHN BULL

LA CARTERA DE UN CARLISTA.

Por el correo de Nueva York, llegado el miércoles, he recibido una mugrienta cartera, que me remite un corneta de cazadores, natural de Vitigudino, joven honesto que jamás ha tenido novia, á pesar de ser corneta.

La cartera perteneció á uno de los carlistas de la Península que se han echado al verde en estos últimos días, y se la arrancó á su dueño el valiente cazador después de sacudirle un garrotazo en la nuca.

El partidario del *Terso* ha ido anotando en las hojas que tengo á la vista sus impresiones todas, desde ántes de dar el escándalo, y por lo curiosos, merecen ser conocidos sus apuntes.

Allá van.

¡Cielos! El ama del señor cura ha pasado hoy junto á mí y me ha dirigido una mirada de esas que no debían consentirse á las amas de los curas.

Llevaba saya verde, zapatitos descarados.... ¡Ay si yo fuera como sus zapatos, qué de cosas le diría....!—medias de seda y un par de ojos en la cara, que parecen dos luminarias del altar de la virgen.

¿Por qué me habrá mirado de ese modo el ama del señor cura?

..... ¡Recóncholes, qué guapa es! Hoy la he vuelto á encontrar y me ha mirado lo mismo que el otro día, y se ha sonreído al mirarme.

Si yo fuese como esos pícaros liberales, defendería la *des-amortización*, que quita los bienes al clero, y entónces.... ¡Huy! qué mujer....!

Pero yo no soy liberal, que soy retrógrado: mi abuela me ha dicho que soy retrógrado, y mi abuela puede saberlo porque sirvió de partera en mi nacimiento. Con que á ver si conocerá todas las particularidades de mi cuerpo....

¡Mueran los liberales! ¡Mueeeceeran!

..... El ama del señor cura me mandó ayer tarde un recado diciendo que tiene que hablarme.

¡Cáspita! qué tendrá que decirme? Y si me habla en latín, como parece natural por su clase? Yo, que no entiendo el latín....!

Me tiemblan todas las carnes del cuerpo de la persona de mi individuo....

..... El ama del señor cura y yo hemos tenido una conferencia. Mi abuela me ha dicho que se llama una conferencia la que hemos tenido el ama del señor cura y yo, y cuidado que á mi abuela no le faltan motivos para saber cómo se llaman esas cosas.

Hemos tenido una conferencia muy importante.... mi abuela es la que me ha dicho que la conferencia ha sido muy importante.

Llegué á la casa y entré en el cuarto donde se hallaba el ama del señor cura.... ¡Recóncholes, qué guapetona estaba! Esto no me lo ha dicho mi abuela, lo he conocido yo.... y eso que no sé latín.

Yo me puse á temblar, más encogido que un pollo mojado. Me senté al ladito suyo: ¡cáspita! no me atrevía ni á respirar: unas veces miraba al suelo y otras á los ojos del ama; ¡cáspita, qué hermosos son!

—Picadillo, me dijo, (Picadillo es el mote que me han puesto en la aldea) tú sabes cuán grande es el poder de Dios?....

—No me acuerdo; respondí todo turbado y sin hacerme cargo de lo que me decía.

—Picadillo, cuántos dioses hay?

—Dos, como dos candelitas encendidas; respuse yo sin acordarme más que de los dos ojos de aquella mujer.

—Muchacho! estás en tu juicio? Para salvar los más santos principios has de hacer todo lo que yo te diga.

—Todo lo que V. me diga; y al mismo tiempo que yo repetía maquinalmente estas palabras, decía en mis adentros: —dígame V. que le dé un abrazo: ¡calla, Picadillo, que tu abuela dice que eres retrógrado y no debes poner tu mano en bienes mostrencos!

—Tenemos que marcharnos muy pronto del pueblo, y después tú tendrás la recompensa.

Y al decir esto, me guiñaba un ojo y me apretaba la mano.

No me pude contener y me eché á llorar, dando unos berridos que parecía un becerro.

Soy muy sensible; mi abuela me ha dicho que soy muy sensible.

..... Ea, ya estoy listo: aquí me han enviado una carabina, una boina, una blusa y un retrato de un señor muy feo, con la boca grande, con una espada en el cinto y en la mitad de la barriga esta marca: C. VII.

¿Quién será este señor? Dicen que me debo dejar matar por él, si es preciso.

¡Un cuerno! yo si me dejo matar ha de ser por los ojos de aquella mocetona, pero lo que es por este....

..... ¡Mueran los liberales! ¡Viva el aguardiente! Ya estamos en el campo: somos unos cincuenta hombres, todos bien armados y más valientes que Roldán. Ya he visto aquí tres veces al ama del señor cura: ¡me cachis, qué guapa está! Me dió un apretón de manos, y me dijo que espere la recompensa.... ¡Muera la recompensa.... No es eso, ¡qué bruto soy!—¡Vivan los liberales!—¡Animal! también me equivoco: ¡Mueran los liberales! ¡Viva la recompensa!

Ajá! acerté.

..... Allá á lo lejos veo gente. ¡Santa Bárbara, tropa es! y dicen que viene persiguiéndonos. Hombre, yo no me he metido en nada; á mí por qué me han de perseguir?

Ahora quisiera yo ver al ama del señor cura para que me dé la recompensa ántes de que lleguen los soldados. ¡Cuerno! yo no me voy sin recompensa!

..... Ayer pudimos escurrir el bulto los cincuenta valientes que estamos reunidos; pero hoy no hemos tenido tanta suerte. Las tropas nos alcanzaron y nos han sacudido de firme.

¡Huy! sentí un golpe en la cabeza y caí redondo. Mi abuela dice que cuando yo caigo al suelo, caigo redondo: á mí me parece que lo mismo al caer que estando de pié, soy siempre largo; pero mi abuela debe tener razón.

—No sea V. bruto! yo estoy aquí por ella: estas fueron mis últimas palabras después del trastazo, y me desmayé.

Al volver en mí tendí la vista en derredor y me eché á llorar.

¡Miserio de mí! La primera cosa que vieron mis ojos fué el ama del señor cura, á cierta distancia y sentada con abandono, con muchísimo abandono, debajo de un árbol y junto

á un hombre que le tenía cojidas las manos ¡huy! y que le dió un abrazo....

¡Y para esto voy yo con una carabina al hombro, defendiendo al mamarracho este de la marca C. VII....!

Soy muy bruto! sí señor, muy bruto. Estoy deseando ver á mi abuela para que me diga si efectivamente soy muy bruto.

.....No he podido dormir: ¡pérdida! Allí vienen otra vez soldados: ya verá usted como al fin me fusilan. ¡Muera el ama del....!

Esto dice la cartera sin quitarle punto ni coma.

JUAN DE AUSTRIA.

AL BUEN ENTENDEDOR....

No me aturda, don Bartolo, con su política, charla, á mí ¿qué me cuenta usted si hoy el progresista manda ó si será el moderado el que dé leyes á España? si Carlos siete hace migas con la gente de sotana, si Montpensier se menea, si Alfonsito ya no mama, si doña Isabel se acuesta, si Marfori se levanta, si Zorrilla suda tinta, si arroja bilis Sagasta, si el ministerio suscribe las pretensiones del Papa, todo me importa un pepino; yo no he decir palabra, y me escaman sus preguntas, y hasta usted mismo me escama. No sabrá usted mi opinión, que no quiero publicarla, y si á darle estoy resuelto por respuesta la llamada: "no me tire más chinitas que me agujerean la capa, porque al buen entendedor pocas palabras le bastan."

Doña Paca, no se canse, no se canse, doña Paca, que ya entiendo lo que quiere con sus mimos y miradas. No suspire usted, señora, manifestando sus ansias, que los suspiros me aburren y las lágrimas me cargan. Mire usted que no soy tonto, mire usted que no soy mándria, mire usted que yo no quiero porque no me dá la gana. Déjese de hacerme guiños y déjeme quieta el alma, que ahora no estoy para el paso, y á mí nadie me sonsaca. Con que así, "no más chinitas que me agujerean la capa, porque al buen entendedor pocas palabras le bastan."

No me venga usted con chismes para que críticas haga, don Gil, porque yo critico lo que criticar me cuadra. Si no paga un hacendado el alquiler de la casa, si cojea la de Jimenez, si Inés tuvo una desgracia, si rompe muchos sombreros el pobre esposo de Juana, si dió la viuda condesa á cien pollos calabazas, si un vecino gasta mucho y el otro no gasta nada, si están en pésimo estado las calles de nuestra Habana, son cosas que yo no digo porque conviene callarlas, y jamás entraron moscas en boca que esté cerrada. Ya yo soy tambor mayor, nadie me toca diana, voy á mi avío, y el sol que por Antequera salga. Por tanto, "no más chinitas que me agujerean la capa, porque al buen entendedor pocas palabras le bastan."

JUAN PEREZ.

LA VIEJA VERDE.

¿La habeis visto.....? ¿No se os ha presentado ocasion de examinar detenidamente este tipo ridículo, mezquino y lleno de pretensiones? Quizás muchas de vosotras no lo conocais, y á fé que es lástima, porque hubiérais tenido motivo para reiros de la mejor buena gana del mundo.

Sin embargo, tambien hubiérais tenido que sufrir sus necedades é impertinencias; tambien os causaría repugnancia, porque del mismo modo que atraen con simpatías esas ancianas limpias, decentes, cariñosas, que ostentan la nevada aureola de su cabellera despojada de afectos y perifollos, repugna y es completamente repulsivo el espectáculo de la vieja verde.

Esta se tiñe cuidadosamente las canas, se dispone el escaso cabello en formas ridículas, se llena de bucles, trencitas y lazos; usa una porcion de cosméticos, se dá cascarilla de una manera espantosa, se aprieta con el corsé hasta el punto de que por un poco más revienta de opresion; se vale de collares, lazos y volantes, coquetea, baila como una jovencita y se complace en escuchar las mentidas frases de los que la celebran, quizá por burlarse de ella y de sus ridículos atavíos.

La vieja verde es como una casa que se desmorona y que, por más que traten de contenerla, descubre sus ruinas por todas partes.

Como el viejo y podrido tronco que, por más que ostente á su lado floridos vástagos, no consigue rejuvenecerse.

Ella quiere fingir hasta la voz: dice que distingue perfectamente, cuando tiene la vista cansada y turbia: lleva el traje escotado y cubierto de encajes, dejando contemplar una espalda huesosa, y sobre ella una espesa capa de cascarilla que mancha los bucles de sus cabellos teñidos y que con el calor y la agitacion del baile van soltando un liquido negruzco que dá..... no sé qué.

Desde luego ya supondreis que se pone *sigueme-pollo*, que lleva sobrefalda y una tienda de lazos encima; que gasta un pomo de agua de olor cada vez que sale, y en fin, mis bellas lectoras, su conjunto es ridículo y grotesco como el de un arlequin ó payaso.

Como estos, sólo sirve para divertir: todos se rien á costa suya; pero ella no lo comprende.

Desde luego suponed que el mote del traje y sus mangas desmesuradamente cortas le proporcionan un ataque de reuma ó una pulmonía; que quizás le regala un catarro su afán de ostentar la vieja armadura de sus huesos; pero esto no importa, ¡es tan bello lucir y bailar en los salones con un arrogante mancebo!....

Se complace en coquetear, criticando sin cesar á las jóvenes, á quienes acusa de frívolas, versátiles, etc., y dice que no deben casarse los hombres con esas chicuelas tan superficiales, sino con mujeres de tormalidad y de experiencia.

Ella nunca envejece: se ha plantado en los cuarenta y cinco años, y poco importa que cuente una docena más, porque los niega y se propone ocultarlos.

Por eso no le agrada hallarse con amigas de su juventud, testigos terribles de sus muchos años, y evita conversar con ellas, hasta el punto de que les huye como al pecado.

Ni tiene placer tampoco en ir á paseo ó á las reuniones, acompañada de sus hijas y nietas, porque ella quiere parecer todo lo más joven posible y sus descendientes acusan su antigüedad.

Ridículo afán el de la pobre vieja verde!..... ¿Por qué no ha de ostentar orgullosa la aureola de plácida dulzura que le forma su nevada cabellera? ¿por qué ese temor de parecer anciana?

No lo sé ni creo que pueda saberlo, porque no lo he preguntado á ninguna; pero lo que sí es bien cierto que me agrada en extremo una señora, limpia, decente, vestida sencilla y decorosamente, que no oculte las arrugas de su tez bajo el colorete y la cascarilla, que conserve sus cabellos color de plata y que no finja los ademanes, ni baile, ni asista á todas las reuniones, como en los días de su juventud.

Mad. de Lambert dice que "una *vejez* confesada es ménos *vejez*."

Janer ha consignado que "en las mujeres los dos grandes atractivos que pueden conservar en la *vejez*, son la amabilidad y la limpieza."

En efecto, una señora benévola, afectuosa, limpia y desnuda de ridículas pretensiones; una señora que no oculta su edad, cual si fuese un delito, que se rodea de sus nietos y se enorgullece y se complace en verlos crecer, por más anciana que sea, es simpática, tiene muy grandes atractivos para todo el mundo.

En cambio, todos se rien de las pretensiosas galas con que se cubre la vieja verde; de su afán por parecer joven y hermosa todavía, del entusiasmo con que rinde culto á la moda. Desengañaos, todas las edades tienen su poesía, y ya os he dicho cuál es la de la ancianidad.

La mujer sensata y prudente debe abandonar el mundo mucho ántes de que él la abandone á ella; de ese modo no sufrirá los desaires y burlonas sonrisas de los que con justicia vituperan su coquetería indisculpable, sus locuras y sus necias ilusiones.

Las galas de la juventud no pueden favorecer en manera alguna á la vejez, y la que se empeñe en esconder sus años, teñir sus cabellos, alzar su encorvado talle, y por llevar traje escotado y mangas cortas pilla un catarro ó una pulmonía, merece, y es cierto, que le den el ridículo nombre de *vieja verde*.

JUANA DE ARCO.

SARTENAZOS.

Ha sido reducido á prision en Madrid, por los *belenes* carlistas, el autor dramático D. Manuel Tamayo y Baus.

¿Qué dirá de esto D. Joaquin Estébanez?

¿Qué apostamos á que escribe *Un drama nuevo* en el que el autor vaya á la cárcel?

Días pasados, un amigo mio fué á visitar á otro.

Llegó, llamó, le abrió el criado.

—¿Está Arturo?

—No, señorito; está siempre en la otra casa.

—¿En la otra casa?

—En la casa de Socorro.

¡Qué susto se llevó el que tal oía! Pero bien pronto le tranquilizó el criado. El amigo tiene un *ídolo* que se llama Socorro.

Es decir, que está siempre como si lo acabara de coger un coche.

Más le valiera.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

En BUFETE descifrada ha dado de mano al tédio, estudiando tu charada, el marmiton

JUAN Y MEDIO.

Item más: la descifraron con mucho rumbo Xan Carallás, Un español neto (San Francisco del Semillero), Concha de la Mar (¡ay, *Conchita*, cuánto me alegro de que no se marche Vd!), Francisco Querol de Rios (Matanzas), Juan Barrigon, La societat "Los tranquils", B. D., Juan Rebus, Juan el de Marras, Juan sin Paloma, Consuelo Arias y Daniel Pereira (Pinar del Rio).

Un telegrama que se ha recibido en Nueva York, dice que se han reunido los insurrectos en la jurisdiccion de Manzanillo para elegir *presidente*.

¿Cáspita! pues y el zeñó Carlo Manué?

¿Qué apostamos á que ha tenido razon *El Cronista* en cantarle el *gori gori*?

Amigos, llegaron tarde sus cartas de ustedes para el número pasado; pero conste aquí que han descifrado la charada y geroglífico del número 18, Un matancero suscritor, Segundo Gallego (Holguin) y Juan Isaul. Y á este último señor le diré que su geroglífico ya está publicado.

Una carta de don Carlos al titulado brigadier Rada, dice entre otras cosas:

"Los buenos españoles llaman á su rey legítimo, y el rey no puede cerrar los oídos."

Pues que no los cierre, que los tenga de par en par, pero que se esté quietecito en su casa: eh?

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

De los colores la grana y las frutas la manzana.

¡Ah, valientes! acertado está por Juanillo Carranza, Xan Carallás, Un español neto, Concha de la Mar (¡qué lista es Vd!) Juan y Medio, Francisco Querol de Rios, Juan Barrigon y La Societat "Los tranquils", B. D. (tiene Vd. razon: falta lo que Vd. dice), Juan Rebus, Alfredo Vera, Juan el de Marras, José T. Romero, Daniel Pereira, Consuelo Arias, Un Juan sin Paloma y Manuel Rendon (Pinar del Río.)

Un señor que firma R. O. é I. se empeñó en que habia de ser *naranja* y no *manzana*, porque no *pega* bien, según dice: pues póngale Vd. cola.

Un *tomador* roba el reloj á un prójimo.

Un salvaguardia le vé y le detiene.

—Venga usted conmigo.

—¿A dónde?

—A la cárcel.

—Lo siento, porque habia dado á un amigo *palabra de honor* de visitarle esta tarde.

¡Caramba! hoy encuentro trasapelada una carta de *La Pata de Cabra*, remitiéndome un *geroglífico charada*.

Perdone usted, amigo, que nada haya dicho sobre el particular.

Hoy le envío las gracias, diciéndole que se publicará su trabajito.

JUAN PALOMO tiene de vez en cuando momentos de verdadera satisfacción, cuando ve que se hace justicia al mérito y que se premian las virtudes cívicas.

Uno de esos ha experimentado al saber que el Sr. D. Manuel Larios ha sido ascendido por rigurosa escala al empleo de Administrador de la Aduana de este puerto, que interinamente venía desempeñando.

Si treinta años de excelentes servicios, aptitud, inteligencia y probidad á toda prueba, son las dotes principales que han de distinguir al empleado digno, y que le han de hacer acreedor á merecidos ascensos en su carrera, el Sr. Larios debe estar satisfecho, pues á esas circunstancias, de público reconocidas, debe, y no á otra cosa, el alto puesto para que ha sido nombrado.

Reciba los sinceros plácemes de JUAN PALOMO, que desea ver siempre recompensado el mérito verdadero.

Leo en un periódico:

"En Torrejon de Ardoz la guardia civil ha hecho abortar...."

¡Demonio!

..... "una conspiración carlista."

¡Ah!!

Lo que voy á copiar es un párrafo del periódico *La Revolución de Cuba*:

"El *World*, el *Times* y el *Sun* concuerdan en que Mr. Sickles lleva instrucciones respecto de la cuestión *Houard*, pero no creen que sean las que anuncia el *Republican*, apoyándose en que habiendo pasado la resolución el viernes, no llegó á manos de Mr. Fish hasta el lunes, no siendo por lo tanto posible que se diesen informes á Sickles el sábado, día de su salida, en armonía con esta resolución, y si solamente en el espíritu de las comunicaciones que habían mediado ya sobre este asunto. Pero el *Herald* asegura que es cierto lo de las instrucciones á última hora, agregando, que lo probable es que al llegar el General á Madrid pida inmediatamente la libertad del Doctor Houard, exija sus pasaportes y vuelva para acá; á menos que se le dé contra orden por el telégrafo."

Lo cual entiendo que quiere decir, sobre poco más ó menos: Sickles lleva instrucciones á Madrid, aunque también es posible que no las lleve, pero si las lleva pudiera ser que no estuviesen en armonía con la resolución, aunque es fácil que estén conformes; pero no lo estarán. De modo que en cuanto llegue Sickles á Madrid pedirá la libertad del Doctor Houard; si no la pide, como es factible, no tendrá nada de particular y eso que él lleva el encargo de pedir las, á menos que no se le dé contra orden.

¿Se van ustedes enterando?

Ya se ha puesto á la venta el libreto de la zarzuela *Por España y su bandera*, que ha escrito mi amigo Zafra.

Tengo noticia de que se expenden muchos ejemplares, y me alegro.

Además de dar la solución exacta al geroglífico del número anterior *Juan Rebus*, ó la persona que se oculta bajo este nombre, nos ha remitido un geroglífico, que envuelve una galantería que ha despertado mi agradecimiento.

Copio un párrafo de su carta:

"Adjunto un geroglífico, que si algun mérito tiene, es ser la solución un lindo cantar del que tan dignamente te dirige, querido JUAN, ó sea el Sr. D. Juan Ortega y Gironés."

Estimado, señor mío! pero seamos justos, el mérito del geroglífico estriba en que está muy bien hecho.

Ya lo verá el curioso lector, cuando se publique, que será muy pronto, pues está grabándolo el amigo Robles.

¡Tamayo metido en la cárcel!

¿Ustedes ven como es preferible escribir comedias con nombre supuesto á meterse en conspiraciones con el nombre propio?

Un periódico de Nueva York, que ha tomado con mucho empeño la defensa de Mr. Sickles, dice que es verdad que este no se acompañaba en otro tiempo más que de bribones y perdidos, pero que hoy se halla constituido en una posición muy elevada y es digno por ella de respeto.

Pues, señor, el periódico en cuestión ha escrito un *sartanazo* completo para JUAN PALOMO, con su chiste y todo.

Es decir, que Mr. Sickles es respetable sólo por la posición que ocupa: quítele usted esa posición y qué queda?

Una.... dos.... tres.... cojo es!

Cuidado que saben hacer bonitas defensas los periódicos de Nueva York!

Hay en los Estados Unidos un sujeto llamado Peralta, que no es por cierto el cabo Peralta de la zarzuela *El Juramento*.

Aunque, según parece, tiene hecho el juramento de venir á Cuba, con una expedición de hombres y fusiles, aunque se junte el cielo con la tierra.

Lo único que le falta para ponerse en camino es que le den la seguridad de que no lo han de coger los cruceros españoles, y que le faciliten dinero para los gastos.

Con estas dos insignificantes condiciones, cumplirá su palabra.—¡Vaya si la cumplirá!

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS.

"Si se pudiesen conquistar los hombres con gazmoñerías, todas las *viejitas* tendrían amantes.—*Mad. de Necker*."

Pero se conquistan con pesetas, y es probado que la vieja que las tenga no se queda sin tajada; el cantar lo dice:

Aunque sea una vieja
con la cara arrugada,
en teniendo pesetas
arrinconamela.

"Jóvenes ó *viejitas*, hacen bien las mujeres en ocultarse, pero las *viejitas* deben hacerlo indispensablemente.—*Paulin Li-mayrac*."

Este señor Paulin es feroz. ¿Por qué han de hacer jóvenes y viejas sus cosas de *ocultis*? vamos á ver, ¿por qué?

"Una mujer debe acostumbrarse con tiempo á ser *vieja*: no requiere esto gran talento.—*Mad. de Sevigné*."

Esto lo escribió Mad. de Sevigné cuando era ya jamona, palabra de honor. La mujer debe acostumbrarse á ser amable y parecer joven, para honra y provecho al sexo calzonudo. Esto tampoco no requiere talento; hasta la más tonta lo sabe.

"Respetad las *viejitas* dignas de respeto.—*Meidani*."

O, lo que es lo mismo: á cada cual lo suyo.

¡Y qué gran pensamiento!

Este joven.... etc.

"Más peligroso es irritar una *vieja* que un perro.—*Stobee*."

No hagan ustedes caso. Stobee era casado y lo mordió su suegra.

"No es vergüenza, ni una falta para un hombre joven, el casarse con una mujer *vieja*: algunas veces es prudencia, otras es precaución.—*La Bruyère*."

Y otras muchas, castidad, digo yo.

Un manifiesto que firma el secretario del niño Terso, dice que el duque de Madrid "espera salvar la patria."

¿Pero qué patria? Porque ese joven de todo tiene menos de español.

JUAN PALOMO, que tiene callos en los oídos de oír criticar á los forasteros el poco gusto con que están adornadas, por lo general, las casas de la Habana, sin embargo de lo *fácil* que es el tener dinero y gastarlo en cosas de lujo, no puede menos de llamar la atención de sus lectores hácia el establecimiento de cuadros, tapicería, pintura y decoraciones que con el nombre de *La Paleta de Oro*, tienen en la calle de O'Reilly, número 18, los señores Aussel, Gottardi y Compañía. Dichos señores son agentes de las principales fábricas francesas de papel de tapicería, y es realmente magnífico el surtido de ese papel.

Tienen asimismo gran colección de grabados de los principales artistas del mundo, y tanto en material para cuadros como en colores y todo lo necesario en el estudio de un pintor, nada se echa allí de menos.

Un caballero que asistió á un baile dado á beneficio de los pobres, volvió á su casa con una indigestión.

—Pero, hombre.... ¿Cómo has comido tanto!

—¿Qué menos había de hacer por los pobres?

Con una sentida carta del director de la *Sociedad de Beneficencia Catalana* de Matanzas hemos recibido un ejemplar del reglamento de la misma, atención que agradece mucho JUAN PALOMO.

"El único objeto de la sociedad, dice la carta, es ser útiles á nuestros semejantes."

Bellísimo es el programa! la sociedad puede contar para todo con nuestra escasas fuerzas.

GEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

14

LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Compostela y Habana.

El libro del buen ciudadano (repertorio del derecho político español), por don José María Mañas. Al hacer partícipes á todos los españoles la revolución de Setiembre, por medio del sufragio universal, de los derechos individuales, les ha impuesto por obligación el estudio del Código fundamental del Estado y de todas las leyes que forman el derecho político de la Nación. A satisfacer esta necesidad tiende el libro que ahora se anuncia, que contiene, convenientemente ordenadas, y con algunas notas aclaratorias, para su mejor inteligencia: la Constitución promulgada en Cádiz á 18 de Marzo de 1812, el Estatuto Real de 10 de Abril de 1834, la Constitución de 17 de Junio de 1837, la de 23 de Mayo de 1845, la votada por las Cortes Constituyentes de 1854, que no llegó á promulgarse, el Real decreto de 15 de Setiembre de 1856, restableciendo la Constitución de 1845, modificada por un Acta adicional, el Real decreto de 14 de Octubre de 1856, dejando sin efecto el Acta adicional, la ley de 17 de Julio de 1857, reformando la Constitución de 1845, la de 20 de Abril de 1864, derogando la reforma anterior, el Real decreto de 21 de Noviembre de 1867 sobre nombramiento de Comisarios reales para que tomen parte en las discusiones de las Cámaras, el proyecto de Constitución de 30 de Marzo de 1869, el juicio que sobre él ha emitido toda la prensa política de Madrid y parte de la de provincias, la discusión completa del proyecto en las Cortes Constituyentes, y por último, la Constitución de 1869, tal y como se ha votado.

Un tomo voluminoso, de cerca de tres mil páginas, encuadernado en pasta española..... **Rs. 68**

La Pereza, colección de cantares originales de Augusto Ferrán.—La poesía popular es la verdadera, la genuina expresión de todos los sentimientos, de las amarguras y los dolores, de las penas y las alegrías, de confianzas y celos, de sueños y desengaños. Los cantos del pueblo son un manantial inagotable para los que comprenden á ese pueblo, y sienten con él, con él sufren ó gozan. De los pueblos de España, el de Andalucía es el que más y mejor guarda ese sentimiento en sus cantares, y el autor del pequeño libro que se anuncia así lo ha comprendido al sacrificar una parte no pequeña de su vida y otra parte mayor de su fortuna, abandonando sus valles catalanes para vivir entre el pueblo andaluz y recoger de su boca ese caudal de sentimiento que ha vertido en el libro de sus cantares, estimado por los literatos de más nombre como una joya literaria de inestimable precio. El tomo que se anuncia consta de cerca de 200 páginas en 16º, magníficamente impresas..... **Rs. 6**

La niña espósa, novela original de don Eduardo Zamora y Caballero.—En esta novela se ha hermanado el interés de la trama con la galanura del lenguaje y lo poético de las descripciones.

Un tomo de más de 300 páginas en 8º..... **Rs. 8**

El dios Momo, album de cuentos, chistes, mentiras, exageraciones, extravagancias de los más célebres escritores antiguos y modernos, recopilado por uno que no lo es y adornado con multitud de caricaturas.

Un tomo de más de 200 páginas en 16º..... **Rs. 4**

Ensayo histórico etimológico filológico sobre los apellidos castellanos, por don José Godoy Alcántara, individuo de número de la Real Academia de la Historia.—Páridos serían nuestros elogios, por grandes que fuesen, comparados con el mérito de esta obra, que ha merecido en certamen público de la Real Academia Española, el primer premio. Fruto de largos estudios, de penosas investigaciones y una inquebrantable constancia, más que ENSAYO, como le titula el autor, es una historia razonada, profunda y que revela una gran erudición. El nombre, como asienta el señor Godoy y Alcántara, es una propiedad al abrigo de los caprichos y vicisitudes de la fortuna, el lazo moral que liga en la sucesión de los tiempos la de los individuos, y que parece responder á ese innato y secreto anhelo del hombre por prolongar más allá del sepulcro su existencia de un momento. De ahí, pues, la importancia de este libro, impreso con extremo lujo por Rivadeneira y costeado por la primera Corporación literaria de España; libro que consta de 300 páginas en 4º..... **Rs. 24**

Cuentos escogidos de los hermanos Grimm, traducidos del alemán por don José S. Viedma. Pocos libros han obtenido tanta popularidad en Alemania como el presente, y sus ediciones se han multiplicado lo mismo en ella que en el resto de Europa, siendo algunas de esas ediciones modelo de belleza tipográfica y artística. Sin embargo, no se había vertido hasta ahora al castellano, y no eran, por tanto, conocidas y apreciadas sus bellezas en nuestra patria. La edición que se anuncia, como todas las de Gaspar y Roig, reúne á su limpieza tipográfica y excelente papel, una multitud de preciosos grabados.

El tomo, de 300 páginas en 4º menor..... **Rs. 12**

Obras de don Manuel Breton de los Herreros, de la Real Academia Española.—Indudablemente que pocos escritores modernos pueden presentar á la consideración de sus contemporáneos y al fallo de la posteridad un número tan considerable y escogido de obras selectas como el insigne secretario perpetuo de aquella ilustre Corporación. Sus obras dramáticas le han conquistado uno de los primeros puestos en el moderno teatro español. No há menester, pues, de otros elogios la colección completa de las obras dramáticas y literarias del señor Breton de los Herreros, que consta de 5 tomos en 4º mayor, empastados..... **Rs. 136**

Por España y su bandera, zarzuela patriótica, por don Antonio Enrique de Zafra, música de Ankerman.—Esta obra, estrenada en Tacon, se vende á..... **Cts. 40**

ADVERTENCIA.

Todas estas obras se hallan encuadernadas á la rústica, cuando no se expresa que están empastadas. Los precios son iguales en todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remisión al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en sellos, billetes de Banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á *La Propaganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.—HABANA.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."

CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.